

## Historia de una familia pobre y humilde

Inocencia Marco García (nacida en Torrelacárcel en 1921)

“Inocencia fue entrevistada en 2011 (por Pilar Edo) en el marco de un trabajo de investigación sobre el ciclo festivo en tierras del Jiloca que realiza el Centro de Estudios del Jiloca. Queremos agradecerle a Toñi Anadón que nos facilitara el contacto, nos acompañara y ayudara con la entrevista, y a Inocencia por trasmitirnos tantas y tan emocionantes cosas aquella tarde de verano. El texto que presentamos ha sido íntegramente escrito por la propia Inocencia que, a sus 90 años recién cumplidos el pasado 26 de septiembre, resulta una excelente y animadísima narradora”.

Mis padres se llamaban Mauricio y Catalina, se casaron a los 24 años y tuvieron 12 hijos, cinco se les murieron de pequeños del sarampión y a todos bautizaron, se llamaban Casimira, Rosario, Abraham, Joaquín y Ascensión. Después quedamos en siete y aún se murieron dos más, uno a los 19 años de una pulmonía y otro lo mataron en la guerra con 21 años en Teruel, así quedamos cinco hermanos: Fructuoso, Joaquín, Paula, Jacoba e Inocencia, que soy yo, la que escribe esta historia.

Cuando nació mi hermano Fructuoso mi madre se volvió loca, decían que era de unas peladillas que le dieron, pero el médico les dijo que era de una subida de pecho que le pego a la cabeza. A mi hermano ya no pudo darle el pecho y lo criaron en Santa Eulalia, entonces, la separaron de mi padre y se la llevaron mis abuelos, o sea sus padres, a su casa porque le echaban la culpa a mi otra abuela (la madre de mi padre) de las peladillas que la volvían loca. A mi madre la tuvieron varios meses encerrada en una habitación (en aquellos tiempos no había lo que hay ahora), me contaba una hermana de mi madre que le llevaron una curandera y les dijo que tenían que poner sapos malditos en las vueltas (techo) de la habitación: si se secaban, se curaría; y que tenían que sacarla a pasear un día sin otro para que viera a la gente que la cuidaba. La cuidaban mis tíos, los hermanos de mi madre que eran



Inocencia, de joven



Mi tía

cuatro hermanos y tres hermanas. Mi tía (la que me contó toda la vida de mi madre, que sale en la foto) me decía que cuando la veía se le tiraba a la cara, y tenían que llevarla atada cuando la sacaban a pasear.

Al cabo del tiempo mi madre se curó y se volvió a juntar con mi padre y tuvieron siete hijos: Fructuoso, Miguel, Joaquín, Paula, Mauricio, Jacoba e Inocencia, yo, la más pequeña. Mi madre tuvo la desgracia de que no pudo criarnos con el pecho, todos íbamos de caridad de los vecinos unos leche condensada y otros con sopeta (que era pan remojado con vino y azúcar). Yo que era la más pequeña, y se cansaba de pedir favores, me compraron una cabra para que me criara y tuvieron la suerte que la cabra se acaloraba y no me daba la leche normal, y me llené toda de agujeros con una infección muy grande. Me metieron en una caja con algodones y así, como si fuera aquello una incubadora, estuve varios meses y como por aquel entonces se morían muchos chicos pequeños, cuando tocaban a muertos muchos vecinos decían: la de la Catalina será.

Pero la de la Catalina no se murió, porque me compraron otra cabra y aquella me salvó la vida, que subía a la cama para darme de mamar y yo la quería mucho, ... y por eso pensé en escribir esta historia, porque cuando tenía seis años una vecina (la tía Valeriana) me decía: *"Inocencia la cabrera"* y a mí me sabía malo y lloraba, y mi padre me decía que le dijera: *"Pues usted es una picaraza porque a su padre le decían Serafín el picarazo"*.



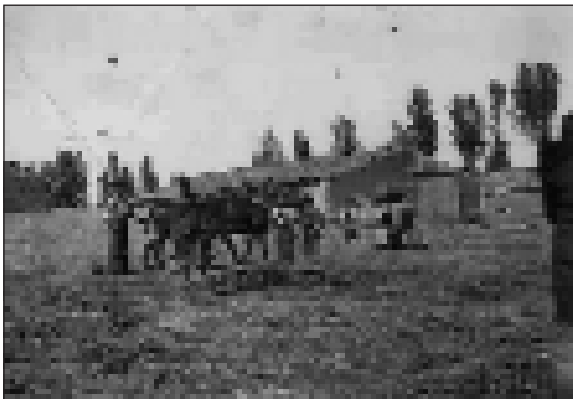
Inocencia y la cabra

Mientras me crío la cabra yo la apacenté por todos cerraos que había cerca del pueblo, y nadie decía nada porque decían que estaba criando una criatura y además tenían mis padres pocos corros para darle de comer, que eran mis padres muy pobres,... una vez uno del pueblo los denunció y le hizo pagar a mi padre 14 reales en aquellos tiempos.

A partir de aquí ya llegó mi niñez y empecé a ir a la escuela a los seis años, teníamos una maestra muy mala que nos enseñaba poco y nos castigaba mucho, nos pegaba en las manos con una regla y nos ponía de rodillas y los brazos en cruz. Al poco tiempo nos dijo que estaban haciendo unas escuelas nuevas y que cuando nos fuéramos allí nos encerraría en un cuarto oscuro que estaban haciendo y no nos sacaría hasta la noche. Pero tuvimos la suerte de que antes de terminarlas la maestra se murió y todas las chicas bailamos de contentas porque había muerto.

Y ya nos mandaron otra maestra, ésta nos enseñaba más y nos castigaba menos, íbamos muy contentas a las escuelas nuevas, con la nueva maestra que se llamaba Doña Amelia y que era muy cariñosa, así pasamos la niñez, hasta los 14 años.

Y ya nos vino la guerra. Yo tenía 14 años, lo pasamos muy mal, pues pasamos mucho hambre; me acuerdo que cuando venían mis hermanos mi madre les freía los huevos con agua hirviendo porque no teníamos aceite. Teníamos a los soldados para lavarles la ropa, íbamos mi hermana y yo a la acequia para quitar los piojos que llevaban y a cambio nos daban un chusco de pan y también nos daban macarrones, que eran italianos, y tenían una cocina cerca de nuestra casa pues eran sargentos de cocina. Había un asistente de un capitán que era muy joven, 16 años, los sargentos le decían “el niño” me lo echaron de novio porque yo tenía 14 años y me provocaban con él.



Trabajos de Inocencia

Y así pasamos la guerra, como digo con mucho hambre. Pero en aquellos días vino una del pueblo a ver si me dejaba mi madre para ir de niñera a cuidar a dos chicos pequeños porque estaba su marido en la guerra. Estaba sola y tenía dos hombres que le cuidaban la hacienda porque eran de los ricos del pueblo. Yo estaba muy contenta porque como tenían palomar, escabechaba pichones y tenía más comida que en mi casa. Aquello me duró muy poco porque licenciaron al marido y ya no me necesitaban.

Entonces me busqué otro trabajo, me puse de camarera en un bar en un pueblo cerca del mío, que se llama Torremocha, y me dijo la dueña: *“Te quiero para enjuagar los vasos”*, pero fue para todo; para barrer, fregar y pelar los pollos, que ahora los pollos los pelan con agua hirviendo pero cuando yo los pelaba me llenaba de piojuelo. Y todo esto también fue en la guerra. Llegó un día que me dijo la dueña: *“Inocencia, hoy tendrás que salir a servir el café porque Emerenciana se tiene que ir de viaje”*. Yo les dije que no podía pero me convenció y salí con mi delantal blanco, tan contenta, yo ya tenía 16 años y sabía algo más que a los 14. Cuando salí a poner el café a la segunda mesa, va y me echa la mano al hombro un soldado y, pensando que iba a besarme o algo, me volví y le di una bofetada. Cuando todos se echaron a reír me di cuenta que era un sargento, entonces me asusté y me eché a llorar porque creí que me iba a pasar algo, pero los otros soldados que estaban en la misma mesa me decían que no llorara que no pasaba nada. Después, otro día cuando vinieron, me provocaron para que fuera a ponerles el café,... y al final que me hice amiga de ellos.

En la guerra también tuvimos que salir del pueblo porque estaban las tropas rojas y tiraban muchos cañonazos, uno pegó en la torre y teníamos mucho miedo a que entraran en el pueblo. Mi padre nos llevó a otro pueblo, a Ojos Negros, donde tenía familia. Nos llevamos el trigo que teníamos y nos fuimos mi madre y yo, allí alquilamos una casa y estuvimos unos meses. Mi hermana y mi padre se quedaron en el pueblo porque mis hermanos estaban en el frente, a mi hermano Mauricio con 21 años lo mataron cuando entraron en Teruel. Otra hermana que teníamos en Teruel también la echaron a Valencia y estuvo también en Libros cuando tomaron Teruel.

Quiero contaos la vida de mi familia y la mía porque yo en esta vida he trabajado mucho hasta terminarla, desde que nací hasta que me muera.

Con madurez y 18 años vinieron otros trabajos; ir a segar a corbella, la trilla, el zafrán, que había que madrugar para coger la rosa y para el invierno como mi padre era cazador algunos días me iba con él y mi hermana Jacoba. Íbamos las dos para ayudarle a poner las redes en caño porque tenía un hurón para cazar. Así es que he aprendido muchos trabajos en mi juventud.

Cuando mis hermanas se casaron las dos se fueron a Teruel porque los maridos eran de Teruel y cuando dieron a luz yo iba a cuidarlas. Iba y venía a menudo a Teruel y como mi padre era cazador iba a vender los conejos y perdices que mataba, había días que llevaba siete y ocho conejos, entonces los pagaban a 8 reales cada conejo. Me llevaba mi padre al tren, al apeadero de Alba, y como mi cuñado era ferroviario salía a recogerme al tren, pero un día no salió y al bajar del tren vinieron los consumidores, que en aquellos tiempos se pagaba consumo, y me preguntaron que cuántos conejos llevaba. Yo les dije que dos perdices, pero me vaciaron el bolso y salieron 11..., me hicieron pagar 8 reales a consumos, pero no llevaba bastante y tuve que llamar a mi hermana Paulina. Yo tenía entonces 18 años. En Teruel me eché amigas y amigos y también un novio, con el íbamos a bailar a la Tabacalera cerca de donde vivía una amiga que se llamaba Juana. Tuve muchos novios, otro de Torrebaja que se llamaba Ramón y otro de Torremocha que se llamaba Julián, pero el preferido fue el de Teruel que ya llegó a venir a mi casa, porque estuvimos en relaciones más de un año, aunque al final, por circunstancias, terminamos.

Y cuando estábamos bien, nos vino la muerte de mi madre, se murió con 62 años, yo me quedé con mi padre, tenía entonces 25 años y estuve con él hasta los 28 años. Me salió un novio del pueblo y tuve suerte porque era muy guapo, trabajador y muy cariñoso. Pero ahora va la segunda parte..., pues mi padre y mi futuro suegro no se hablaban porque mi padre era guardia del campo del pueblo y había denunciado a la familia de él por cortar unas vigas del río para hacer unas obras. Cuando vinieron a arreglar el casamiento (entonces venían los padres del novio a casa de la novia), se perdonaron y como era la costumbre de antes hacer un obsequio a los padres del novio, pues yo les puse tortas, pastas, bebida y un conejo escabechado, así hicieron las paces y se fueron muy contentos. Cuantas vueltas damos las personas porque cuando murió mi suegro el pajar de las vigas robadas me tocó a mí o sea que las vigas, al final, se quedan para los nietos.



Agustín e Inocencia



Los hijos en el corral

Yo me casé a los 29 años, los dos éramos de la misma edad y los dos hemos trabajado mucho, pues al año que nos casamos tuvimos a nuestra hija. En seis años tuve 3 hijos; una chica y dos chicos. Después vino el trabajo, mi marido estaba de criado y se ganaba muy poco, iba a dallar alfices y yo, pues a criar conejos para venderlos después, también hice crías de cerdos para sacar alguna perra, tenía tres cerdas (y a criar lechones para venderlos que venían a comprarlos de pequeños a casa)... Después vino el trabajo en la remolacha, que poníamos a medias que nos daban los ricos, y el zafrán, que había que madrugar para coger la rosa; también fui a segar a corbella, y cuando íbamos a segar me tenía que llevar a los tres chicos en el carro a segar, como no tenía a nadie que me los cuidara los cogía de la cama al carro y a la noche cuando llegábamos a casa del carro a la cama. Cuando fueron más mayores compramos una máquina engavilladora de segunda mano, después compramos otra también de segunda mano porque los ahorros no nos alcanzaban para comprarlas nuevas, pero ya era atadora, que ya trabajábamos menos, después vino la trilladora, la cosechadora y entonces ya trabajábamos un poco menos.

Nos compramos tres novillas y llegamos a tener 10 vacas de leche, nos juntamos con 20 entre novillos y las vacas, también nos compramos una ordeñadora para sacar la leche y llevábamos la leche a la cooperativa. Nos la pagaban todas las semanas y ya teníamos unos ahorros para hacernos una casa. Vivimos a rento en dos casas pero a los 6 años nos hicimos nuestra casa en un corral que nos partió mi

padre para tres hermanos, mis hermanos no quisieron el sitio y me lo vendieron a mí. Lo primero que hicimos fue el pozo para sacar el agua para hacernos la casa, nos costó mucho trabajo, eran 14 metros de hondo y lo hicimos entre mi marido y yo, él abajo picando y yo sacando la tierra. Por la mañana me levantaba pronto para arreglar a los hijos para que se fueran a la escuela, y mi marido picando abajo para sacar yo la tierra. Cuando ya teníamos el pozo, empezamos a hacernos la casa; la hicimos de tapia, como las hacían antes, con tierra y cal, y había que subir toda la tierra con una carrucha a mano; llevábamos dos albañiles y nosotros porque no teníamos para pagar un jornalero. Los únicos que vinieron a ayudarnos eran mi padre y mi suegro pero ya eran mayores y cuando el uno venía el otro no venía, se tenían celos. También trabajamos mucho para subir las vigas del tejado que hicimos de 2 pisos la casa. Pero tuvimos una ayuda, un chico joven al que mandó su padre que nos echara una mano, y que siempre que lo veo me acuerdo de él; cuando se fue a la mili le di 100 céntimos de peseta, que en aquellos tiempos teníamos pocos. Todo esto lo cuento porque hasta mis hijos con 5, 6 y 7 años nos ayudaron a subir las tejas, con 10 y 11 años también venían a ayudarnos a sacar remolacha y a coger rosa del zafrán y por eso me han salido tan trabajadores, que los tres en sus casas son muy organizados y estoy muy contenta porque se parecen a su padre; y también estoy contenta de las dos nueras que tengo que también son muy trabajadoras. Además tengo cinco nietos: tres chicos y dos chicas, de los que también estoy contenta porque son muy cariñosos y estudiosos.



Los hijos





Inocencia y su marido en el corral de casa

Lo malo que tengo es que a los hijos los tengo muy separados; a la hija en Barcelona, el segundo en la provincia de Badajoz y el más pequeño en Teruel y yo vivo en Torrelacárcel, provincia de Teruel. Soy viuda, llevo 20 años sola en mi pueblo, pero a los inviernos me llevan a Barcelona con mi hija. En esta vida he tenido pocas alegrías: cuando me casé tampoco tuve a mi madre, que son días que recuerdas toda la vida. Fue el 14 de noviembre del 1951, y en marzo murió mi suegra, que yo estaba muy contenta porque era una mujer muy buena y porque hubiera sido mi segunda madre pero poco me duro lo bueno, que dice el dicho *“Todo lo bueno se lo lleva Dios”*, así me dejó a mí.

A los 19 años se murió mi hermano Miguel que yo tenía 8 y mi hermana Jacoba 10 y nos pusieron luto con dos botas negras que nos dejó una vecina y yo, desde entonces, ya no me he quitado el luto; mi abuela Vicenta, mi abuela Josefa, mi madre, mi padre que también murió de repente en un bar en Teruel, a los ocho meses un hermano que también murió de repente, ocho meses se llevaron con mi marido que murió también de repente, en el campo labrando y yo me había ido a Barcelona que ni siquiera lo vi morir, así que mirar que alegrías podía tener toda juventud de luto que, cuando murió mi marido, ni siquiera ponía la tele.

Dicen que los tiempos cambian pero las personas también cambiamos. Después de todo esto que os he contado no quedan más que dos hermanas, otra que vive en el pueblo y yo. Y estos 20 años que estado sola lo he pasado en mi casa y en el huerto.

Las noches de invierno las dedico a picar almendras y a hacer punto, que aprendí a hacer punto cuando me quede sola que no tenía tanta faena como cuando iba a la remolacha y al zafrán. Antes había noches que me acostaba a las una o las dos haciendo punto, porque es muy entretenido. Se me olvidaba decir que en la cuadra de las vacas con los arcos que tenía, hice un comedor muy grande y cuando vienen mis hijos lo podemos disfrutar, pues la casa no es muy grande, pero la tengo muy repartida, tiene cuatro habitaciones, dos cuartos de baño, un comedor pequeño, una cocina pequeña, una despensa y un granero para secar los jamones. Lo más grande de la casa es un corral donde tengo las gallinas y un gato, que son los que me hacen compañía, y un huerto en el que tengo muchas flores alrededor y un garaje en el que caben hasta cinco coches, para cuando vienen mis hijos que todos los puedan meter.

En el huerto crío acelgas, lechugas, judías, coles, tomates, pimientos, borraja... de todo un poco. También tengo frutales, una noguera, un membrillero, dos manzanos, tres albaricoqueros, cuatro parras y, en el campo, seis almendros. Con todo esto me dedico a hacerles a los hijos turrón, carne membrillo, almendras tostadas con sal..., es lo que les gusta, y almendras garrapiñadas,... pero picar las almendras, que las pique su madre.

También les hago croquetas, albóndigas y jabón, para cuando vienen de vacaciones. Antes mataba dos cerdos, pero al quedarme sola ya nada, les compraba lomos, costilla y carne y les hacía longanizas, chorizos y una conserva a cada hijo. Pero ahora, dicen que no quieren engordar comiendo carne, y solo quieren comer los yogures y el jamón; dicen que con los macarrones, espaguetis y las pizzas tienen bastante; ...pues como dice aquél, que se las arregle cada uno como quiera, que ya les he hecho bastante, y ahora me lo tienen que hacer ellos a mí.